

## LOCUCIONES DEL HABLA ACTUAL: SENTIDO Y LABERINTO

Angélica Vaninetti  
Universidad del Salvador

«Cada lenguaje es una tradición, cada palabra, un símbolo compartido», afirmaba Jorge Luis Borges en abril de 1970, en el prólogo de *El informe de Brodie*. Pensando en estas palabras, es interesante preguntarnos como hablantes y como oyentes: ¿qué lenguaje estamos compartiendo?, más aún: ¿estamos compartiendo algún lenguaje? Parecería que el habla se aleja cada vez más del sistema, desgastándose en el frenesí de una cultura que se rige por los códigos de lo efímero, de todo aquello que se impone al ritmo de la moda y que, después, queda abandonado en una memoria inerte.

El lenguaje empleado en el habla es un espejo del espíritu, la representación más fiel que cada persona tiene de su subjetividad, su marca de pertenencia manifestada tanto en las construcciones más simples como en las más complejas.

En el marco de estas Jornadas Internacionales dedicadas al idioma español, quiero invitarlos a reflexionar sobre el uso de ciertas expresiones, tales como *no hay onda, de onda, ni ahí, va de onda, ni idea*, etc., que, actualmente, se hacen oír en la comunidad porteña y del Gran Buenos Aires. Estas locuciones se instalan como enunciados que pretenden transmitir infinidad de mensajes captados según la benevolencia del receptor, quien debe reponer todo aquello que la enunciación calla. Los receptores pasamos a ser coautores de discursos y portadores de sentido.

Surgen estos interrogantes: ¿cómo se clasifican estas expresiones?, ¿cómo se las analiza? Si recurrimos a la gramática oracional, diremos que son oraciones unimembres aquellas que no tienen sujeto ni predicado, algunas con ciertas flexiones verbales impersonales, en parte degradadas por su condición de construcciones que casi no merecen ser analizadas; muchas veces, usadas al descuido. Sin embargo, son aquellas que llegan a expresar el mejor final de un cuento o a representar con unas pocas palabras las realidades sociales más cruentas, por ejemplo: *En el mundo, hay más de diecisiete millones de niños pobres*.

La oración unimembre como construcción sintáctica se puede estudiar desde diversos enfoques. Los análisis más tradicionales consideran unimembres a las construcciones formadas por verbos que expresan fenómenos atmosféricos, las

expresiones exclamativas, del tipo: ¡*qué suerte!*, las de los verbos hacer o haber en tercera persona del singular, por ejemplo: *hace frío*.

Si tomamos en cuenta el estudio de Pedro Hurtado Valero<sup>1</sup>, las expresiones *De onda* y *Ni ahí* constituyen oraciones unimembres, como *Lloverá*, las que, a su vez, «pueden señalar un vacío o ausencia de algo» como si una realidad se tratara «a medias», es decir, el autor cataloga esa información parcial brindada por este tipo de oraciones como «un hueco argumental», que el receptor debe completar con aquello que esa oración le sugiere como argumento. En el caso de *Lloverá*, es sencillo asociar el estado del tiempo con causa natural, no así en expresiones tales como *Ni ahí*.

Es interesante la observación que Valero hace sobre la relación gramática-habla, pues considera que «la oración gramatical normalizada –aquella que responde a una construcción sintáctica identificable– deja sin explicación la mayor parte del habla», por lo tanto plantea la necesidad de entender el lenguaje como acción, y define a la gramática como la codificación de un hacer, por lo tanto las estructuras sintácticas «traducen» aquello que se hace o se constata. Entonces, la expresión *Y nada*, utilizada asiduamente como cierre de un enunciado, puede ser considerada, de acuerdo con este criterio, como una oración unimembre; su sentido depende de la interpretación que el interlocutor haga de ella, pero ¿qué tipo de acción representa? El sentido, de esta manera, queda incompleto.

La locución *Nada* cuenta con la posibilidad de ser analizada, también, como una «oración inarticulada de un solo miembro», de acuerdo con el estudio realizado por Luis Alberto Hurtado Cuadrado<sup>2</sup>, quien reconoce con ese nombre a este tipo especial de oraciones que no tienen la estructura sujeto-predicado y que están formadas por un solo miembro. Hurtado, a su vez, cita a Manuel Seco, quien afirma que la oración unimembre «se trata de mensajes en que al sentido, para manifestarse, le basta con indicios mínimos, con los cuales no se construye una oración normal». En el caso de los fenómenos naturales, *Llueve*, por ejemplo, es impersonal por su flexión verbal. Sintácticamente, entonces, *Nada* es, para estos autores, una oración inarticulada y de un solo miembro; las preguntas que se pueden formular son: ¿cuál es su indicio?, ¿qué indicio o pista señala esa expresión *Nada*?

Desde otros enfoques, se considera que expresiones como los saludos o los vocativos son fragmentos que pierden su condición de oración porque necesitan ser ubicadas en

<sup>1</sup>Pedro M. Hurtado Valero, *Un ensayo de sintaxis cognitiva del español*, Málaga, Universidad de Málaga, 2004.

<sup>2</sup>Luis Alberto Hernando Cuadrado, *La oración gramatical*, Buenos Aires, Cincel, 1992.

un contexto, condición indispensable para adquirir sentido, mientras que a *Llueve*, debido a la presencia del verbo, se la clasifica como oración unimembre de predicado cero-ádico. Esto significa que son predicaciones que no requieren argumentos (otras funciones sintácticas) para tener sentido, en otras palabras, para aportar una idea. Aquellas que conservan una flexión verbal de sujeto proarbitrario (indefinido), como el caso de *Te buscan*, se incluyen en el grupo de las impersonales<sup>3</sup>. *Ni ahí*, *De onda*, *Nada* podrían ser aceptadas dentro de la categoría de fragmentos, ya que son construcciones que deben estar insertas en un contexto comunicativo para definir su sentido, pero aún así, ¿qué sentido definen? Tampoco cumplen la condición de predicados cero-ádicos, ya que, en su constitución, no cuentan con formas verbales ni con referentes léxicos que sugieran alguna idea, aunque sea discretamente implícita.

¿Pueden ser considerados enunciados? No del todo, porque decir *Seguro que sí* durante una conversación da cuenta de una pregunta que se refiere a alguna acción que está por cumplirse, por ejemplo: *¿Vendrá solo? Seguro que sí*. En el caso de *Y nada* o de *Ni ahí*, ¿qué secuencia de enunciado se completa? Puede pensarse: *Busqué por todos lados y, ni ahí, lo encontré*, llenando el sentido del deíctico *ahí* como referente exofórico; en el caso de *Y nada*, ¿qué enunciado se repone si justamente esta expresión anula el sentido del enunciado que acompaña. Durante una entrevista televisiva, una personalidad pública respondió: «Abordaremos en los próximos días el conflicto. /pausa/ Y nada...».

Debemos admitir que estas construcciones del habla logran, únicamente, reflejar la escasez de contenido y la ausencia creciente del sentido en la manifestación verbal de casi todos los hablantes, cualquiera sea su competencia lingüística o cultural.

Reconozcamos que las definiciones de oración fueron marcando el camino del desplazamiento del campo de la semántica por sobre el campo de la sintaxis: desde «una secuencia de palabras solidaria con una figura tonal e independencia sintáctica», definición de la Dr.<sup>a</sup> Ofelia Kovacci<sup>4</sup>, hasta «la oración es la unidad más pequeña de sentido» (Real Academia Española)<sup>5</sup>, ha corrido mucha agua bajo el puente. Es comprensible que en la era de las comunicaciones, de la palabra escrita en un papel al mensaje aplanado en la pantalla de un teléfono celular, se hace imperioso relacionar

<sup>3</sup>Ángela Di Tullio, *Manual de gramática del español*, Buenos Aires, La isla de la luna, 2005, cap. 5.

<sup>4</sup>Ofelia Kovacci, *Estudios de Gramática Española*, Buenos Aires, Edicial, 1994, cap. I.

<sup>5</sup>Ángela Di Tullio, óp. cit., p. 89.

sintaxis y semántica para justificar los planteos de la pragmática, pero cabe otra pregunta que no debe ser retórica: ¿qué lugar se le asigna hoy al sentido de aquello que se dice? Sea una oración impersonal o unimembre, sea un enunciado con dependencia contextual, es notorio que las expresiones del habla que nos acechan –las mencionadas *ni ahí, de onda*, entre otras– son discursos huecos aun dentro del cerco de cada situación comunicativa porque no guardan relación con ningún referente, no aceptan sujeto sintáctico, no existen flexiones verbales y, fundamentalmente, porque no tienen belleza. En ellas está ausente la identidad simbólica que hace que una palabra –sola o como integrante de una construcción– connote un significado y convierta así al hablante en un artista del lenguaje, un creador permanente del habla.

Muchos somos los lectores que recordamos haber leído o escuchado algún cuento, durante los años escolares, que comenzaba con oraciones como esta: *Tarde misionera*. Era una puerta a la imaginación, un sintagma nominal unimembre y, también, un paisaje en el que casi se llegaba a escuchar el canto de los pájaros si se cerraban los ojos.

Las oraciones unimembres o impersonales son necesarias y, en algunos tipos de textos, imprescindibles: titulares de diarios, títulos de obras de arte, cláusulas de saludos, locuciones de los textos publicitarios, respuestas breves y contundentes del habla coloquial: *Adiós. Timbre. Llaman a la puerta. Atención con el tránsito. Hay vacantes...* y tantas otras que informan, advierten, cierran un diálogo o dan comienzo a una despedida definitiva. La riqueza del sentido en la brevedad de la construcción sintáctica.

Cuando el hablante produce un enunciado e, inmediatamente, adhiere *Y nada*, imprime un signo vacío, ¿qué queda después de la nada? Se cierra la oportunidad de una pregunta, limita el intercambio de una respuesta; después de la nada, el abismo.

Frente a un acto de habla de este tipo: *¿entendiste sus palabras?*, en el cual, el emisor pretende transmitir su interés por el logro del receptor, respecto del discurso de un tercero, la respuesta *Ni ahí* destaca la negatividad del sentido, ¿cuánto?, ¿mucho o poco fue entendido?; ahí, ¿no es un adverbio de lugar? *Le expliqué que no iba, pero, nada. Todo bien. De onda*, le comenta un joven a su interlocutor por medio de su modernísimo celular, mientras viaja en un transporte público y lee en un afiche callejero de la ciudad de Buenos Aires: «Dar el asiento en el colectivo tiene onda». La «onda» ganó terreno y de la oración unimembre se instaló en la bimembre disfrazada de metáfora, sin embargo no son las ondas «que mueven su vientre de plomo/ y/ debajo del

muelle parecen gemir», exquisito recurso literario que alguna vez inmortalizó Rubén Darío en su *Sinfonía en gris mayor*.

Analizar estas locuciones de nuestra actual comunidad de habla significa dibujar un límite difuso entre oración y enunciado, ya que no cuentan con los componentes de la primera ni enmarcan un sentido en cuanto al segundo. Entonces, podríamos afirmar que dichas expresiones son manifestaciones lingüísticas amorfas, huellas discursivas del sujeto social que, en los albores del siglo XXI, acepta el deterioro de su competencia comunicativa en aras de un registro informal que confunde informalidad con incomunicación.

Por supuesto, no se puede negar que el lenguaje responde en su dinámica a los ejes diacrónico y sincrónico —ya estudiados por Ferdinand de Saussure a comienzos del siglo XX—, ni tampoco se intenta negar que cada época y generación modificó sus códigos con expresiones novedosas. Se trata de rescatar el sentido como significación de esas expresiones que los sujetos incorporan a su habla a modo de una copia sonora que ocupa solamente un lugar entre una incierta cadena de palabras.

El sentido es aquello que, en verdad, comunica, pues el mensaje de cada hablante es el único que le confiere realidad al lenguaje, como opina el semiólogo Paul Ricoeur<sup>6</sup>.

Una locución sin connotación, muletilla de la falta de ideas, adormece la intención del emisor. Se convierte en nada. Reemplazar *Y nada* por *Eso es todo*; *De onda* por *Verdaderamente* o *Sinceramente* o por *Con las mejores intenciones* —si es que coincide con la intención del acto ilocutorio—, *No hay onda*, por *No hay opción*, *No están dadas las condiciones*, *¿Comprendiste?*, *Ni ahí*, por *Algo sí*, transformaría la opacidad del intercambio. De «nada» a «todo», el signo se invierte, de una palabra negativa a una positiva; el paso de *De onda* a *Verdaderamente* deja al descubierto los valores del hablante que se muestra sincero, auténtico, para realizar alguna acción. *No hay onda...* por *No es el momento justo, las circunstancias precisas, no hay ganas...* sitúa al receptor en el modo y tono de la situación comunicativa, pues se describe brevemente un estado de cosas, se enriquece el campo de la interpretación. La respuesta *Ni ahí*, como devolución de una pregunta subestima el valor del intercambio con el otro,

<sup>6</sup>Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo XXI, 2006.

*Ni ahí*, reemplazado por *No del todo* o por *Algo*, sí cambia el ángulo de la mirada, rescata un aspecto de alguna acción cumplida; el receptor transmite otro interés por el intercambio, se brinda a la comunicación, y, por sobre todas las cosas, emite un enunciado que tiene sentido por sí mismo.

Creo que, como usuarios del español actual, debemos defender el mensaje de la palabra profunda para hacerla participar de construcciones que engalanen la voz del hablante.

De lo contrario, será imposible connotar una lectura inequívoca de la palabra «onda», aun en el contexto: *onda expansiva, onda de un radar, onda magnética, tener buen humor, permitir algo que tal vez está prohibido, estar en la onda fashion, captar la onda de una transmisión radial, hacer un favor sin recibir nada a cambio...* y así podríamos seguir enumerando los diversos sentidos que cada hablante le da a «su onda».

Reconstruir la semántica del lenguaje, ya en el texto escrito, ya en la emisión oral, es una necesidad que cada uno de nosotros debe sentir como propia, volver a vivir la palabra como unidad de acción y perspectiva de sentido.

En un pasaje de la famosa novela de Gabriel García Márquez *El coronel no tiene quien le escriba*, la mujer del coronel, como respuesta a los pronósticos alentadores de su marido para mejorar la deplorable situación económica en la que estaban sumidos, sentencia: «La ilusión no se come»; el coronel replica: «No se come, pero alimenta». Buen ejemplo para comprender por qué las palabras son representaciones del alma humana; por lo tanto, no es lícito permitir que, de manera confusa y arbitraria, intervengan en construcciones que dispersan su sentido hacia la nada. Cuidar el lenguaje es defender su magia.

## BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis. *El informe de Brodie*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- DARÍO, Rubén. *Prosas Profanas*, Buenos Aires, Austral, 1986.
- DI TULLIO, Ángela. *Manual de gramática del español*, Buenos Aires, La isla de la Luna, 2005.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

- HERNANDO CUADRADO, Luis A. *La oración gramatical*, Buenos Aires, Cincel, 1992.
- KOVACCI, Ofelia. *Estudios de Gramática Española*, Buenos Aires, Edicial, 1994.
- RICOER, Paul. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo XXI, 2006.
- SECO, Manuel. *Manual de Gramática Española*, Madrid, Aguilar, 1989.
- ZORRILLA, Alicia María. *Diccionario de las preposiciones españolas*, Buenos Aires, e.d.b., 2004.
- *Normativa lingüística española y corrección de textos*, Buenos Aires, Litterae, 2004.